



Calzado

Un mundo a nuestros pies

La influencia de los inmigrantes españoles que en Chile desarrollaron el negocio del calzado acaba de completar sus primeros cien años. Un siglo de innovación, esfuerzo y perseverancia, ligado a marcas y estilos que han dictado las reglas de una tradición que ha puesto la vanguardia a los pies de la moda.



Alguna vez fuimos potencia y tuvimos a medio mundo en los pies. No es un decir exagerado como tampoco fue un dominio cualquiera. Entre las principales consecuencias que en Chile provocaron las migraciones europeas, el desarrollo de la industria del calzado tiene un lugar privilegiado.

Fuimos tan potencia que a comienzos del siglo pasado nuestros zapatos vestían a la alta sociedad de Perú o Bolivia, e incluso se llegaron a exportar modelos locales a mercados tan exóticos para la época como lo era California.

En pleno boom del salitre, los empresarios radicados en nuestro país solían ufanarse de su estatus colocando los pies sobre algún mueble –una actitud de poder que pronto se conocería con el dicho “poner el pie encima”– para lucir así su calzado, fabricado en Chile como

marca de prestigio.

Ya a fines del siglo XIX el país era pionero en la región a la hora de incorporar diseños que pudiesen diferenciar los modelos masculinos y femeninos. Extranjeros llegados de distintos puntos de Europa habían decidido montar sus negocios en el rubro, apreciando que había un mercado que estaba dispuesto a gastar dinero en estos artículos y que se hacía cada vez más experto en valorar formas y materiales.

Dentro de esta hornada foránea, la española dictó las reglas en el oficio. Los primeros registros dan cuenta de la llegada a Valparaíso en 1918 de Félix Halcarteraray, un vasco de 17 años que vino para trabajar en una tienda de calzados fundada por un tío. A los pocos años, y tras mudarse a Santiago, el negocio de los zapatos bullía, por lo que levantó las alas para su propio emprendimiento y, junto a un amigo belga,



Los primeros registros dan cuenta de la llegada a Valparaíso en 1918 de Félix Halcartegaray, un vasco de 17 años que vino para trabajar en una tienda de calzados fundada por un tío.

montó una empresa de calzados finos para hombre, en el barrio Matta.

La firma fue pionera en fabricar zapatos con delicadas terminaciones, con cueros traídos desde Italia y Alemania, y pronto se hizo famosa por su nombre: Guante, porque en los pies calzaba como tal. Había que hacer fila en las grandes tiendas de la época para conseguir un par. Y así fue por años, hasta que a fines de los '50 un hijo de Halcartegaray asumió el negocio trayendo expertos para renovar los diseños exclusivos.



La competencia, entre tanto, se preocupaba por cómo llegar a modelos parecidos, pero Guante llevaba la batuta. Tanto que desde ese momento nacería el famoso dicho: "Imitado. Jamás igualado".



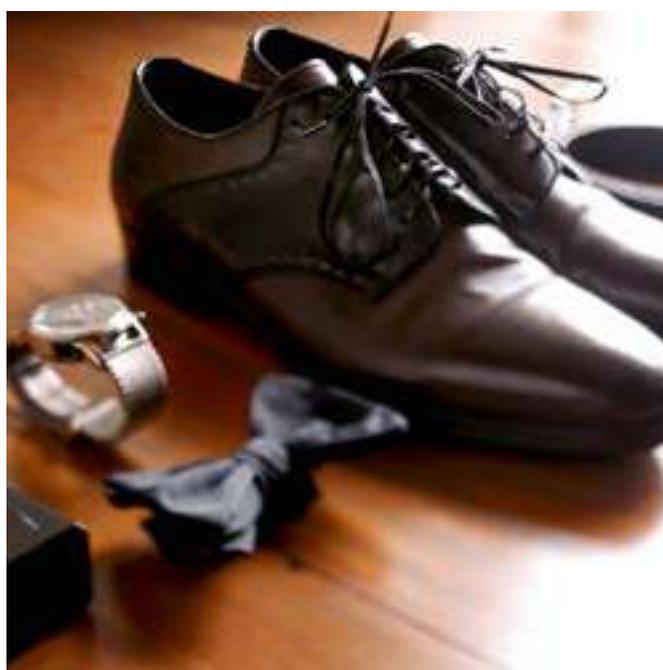
Ya no había vuelta atrás en estos pasos. A mediados del siglo pasado, diversos inmigrantes españoles se habían transformado en empresarios al asumir el desafío en el rubro del calzado. De esta manera, nacieron fábricas tanto en Valparaíso como en Santiago y Concepción, los principales polos donde se concentraba el mercado.

El negocio, además, siempre estuvo vinculado a la innovación. Y a pensar en grande. El mejor ejemplo de aquello fue el emprendimiento conjunto que montaron las familias Fluxá, Mingo y Ascuí, quie-





A mediados del siglo pasado, diversos inmigrantes españoles **se habían transformado en empresarios** al asumir el desafío en el rubro del calzado.



enorme despegue en el segmento juvenil a mediados de los ochenta, con el lanzamiento al mercado de los zapatos de estilo náutico con diversos colores.



Pero hay más españoles invitados a este baile. Los Gil abrieron su veta a mediados de los sesenta en el rubro con Cardinale. La estrategia de la marca

fue buscar su estilo e identidad dentro de la competencia enfocándose en productos sofisticados. De esa misma mirada se hizo eco la familia Ascuí que, así como exploraba mercados como el neoyorquino, también lideraba el rubro en Concepción, principalmente dirigiéndose con Gacel a la clientela femenina.

Los Ascuí también dieron ejemplo de la tendencia de la inmigración española para, por un lado, recuperar las tradiciones que traían desde casa y sumar, por otro, rubros relacionados para expandir sus negocios. En este caso, estos descendientes vascos ampliaron la mirada al formar en los '80 el complejo textil Bellavista Oveja Tomé, una fuerte competencia en la industria que en ese entonces era dominado por los palestinos.

Sin embargo, al llegar el nuevo milenio, el norte estaba en los zapatos. Los Ascuí vendieron sus empresas textiles y se concentraron en Gacel, que había expandido su producción hacia los artículos de cuero, rubro en que otros coterráneos como Juan Cueto habían

desarrollado con enorme éxito.

Tras años fabulosos, que les permitió exportar por Sudamérica, la firma acabó siendo comprada en 2011 por Guante. Si bien, la operación hacía presumir que se mantendrían los buenos tiempos, el negocio del calzado recibió al nuevo siglo con una inevitable decadencia.

Para los dueños de fábricas de zapatos, no había escapatoria ante el destino. Lo más rentable era importar modelos a medida fabricados en Asia y sólo dedicarse a venderlos. La decisión, inexorable, llevaba al cierre de las plantas.

Todo tiempo pasado fue mejor. Y aunque hoy el negocio sea diametralmente diferente, la tradición tiene su punto de partida en el aporte español en el rubro. Hoy por hoy, de acuerdo a datos oficiales de la Cámara de Industriales del Cuero, Calzado y Afines Federación Gremial, cada chileno compra en promedio seis pares de zapatos cada año, algo incomparable en Latinoamérica. De alguna manera, seguimos siendo potencia. Y llevamos un legado en nuestros pies.

